

ESPAÑA SEGUN RICHARD FORD

LIBROS de viaje sobre España (o sobre el tema peninsular) ha habido siempre, como sabe cualquiera a poco que esté familiarizado con este sugestivo tipo de literatura, cuya boga reciente proporciona, además, la oportunidad de comprobarlo en varias —y algunas de ellas excelentes— antologías del género, como la preparada por García Mercadal para *Alianza* como un reflejo de la clásica que editó en Aguilar hace años, la de *Cuadernos para el Diálogo*, o las espléndidas ediciones de *Castalia*, las exhumaciones de Blanco White o de Borrow (*Allianza*), etc. A todas ellas —y a las que quedan sig citar— se une ahora un clásico del género, muy citado aquí y allá siempre, pero difícil de encontrar: «Las cosas de España» (1), que, con el título original de «*Gatherings from Spain*», publicó en 1846 un inglés perspicaz y estupearmente relacionado, como ha de verse, Richard Ford, autor para entonces de un famoso «*Handbook for travellers in Spain*» (1844), aparte de algún que otro artículo, muy de la estirpe de lo «*typical*» por lo que he podido comprobar, en alguna prestigiosa revista de su país.

El prestigio de Ford ha llegado a ser tan notable, que no hace mucho pudo escribir Raymond Carr, refiriéndose al *Handbook*, que «contribuyó poderosamente a configurar la actitud anglosajona hacia España» («*Spain, 1808-1936*»). Juicios parecidos podemos encontrar con frecuencia, lo que no obsta, a mi entender, para que puedan resultar exagerados o, al menos, olvidadizos de que la obra de Ford no inaugura, sino que viene a consolidar una tradición larguísima de clásicos. No hará falta remontarse a Estrabón, como es usual entre nuestros comentaristas; basta con tener presente los relatos viajeros, ya continentales, ya ingleses, que desde el último tercio del XVIII abundan y no acaban. Luego hablaremos de esas dos estirpes —continental e inglesa— de viajeros. Pero recordemos ya, del lado anglosajón, las «*Letters*» de John Talbot Dillon (1778), el «*Travels through Spain*» de W. Dalrymple (1774), el célebre relato de Townsend (1786), otro del mismo Dillon de 1780, el «*Travels*» de Swinburne de 1775 y seguro que faltan no pocos. Todavía en 1811, W. Jacob publica un hoy utilizado «*Travels in the south of Spain*», bastante próximo cronológicamente a los epistolarios de oficiales ingleses a las órdenes de Wellington y a los propios «*Despatches*» del general.

Sin duda, pues, Ford cuenta con una apreciable tradición a la

hora de reincidir en este «hobby» colonial, tan inglés, tan aristocrático y tan chauvinista como es la literatura de viajes.

Es preciso, en cualquier caso, recordar que, por las fechas en que él escribe, dos poderosas causas han revitalizado el género. De un lado, la guerra de la Independencia, ocasión para los observadores franceses e ingleses, de un contacto que luego había de repetirse frecuentemente con motivo de posteriores viajes nostál-

gicos, ya en plena paz (es un decir). De otra, el gran contagio espiritual de eso que se llama la «sensibilidad romántica». España, en el recuerdo de los irreconciliables ex combatientes; España, en la imaginación de los trémulos bebedores de vinagre, sobre todo a partir del triunfo de Hugo.

En ese momento —y desde hace ya mucho— lo español despierta la curiosidad francesa bastante más que la de los compatriotas de Ford. No vamos a entrar en las causas, pero sí a enumerar algunos viajes franceses muy próximos en el tiempo al que nos ocupa. En 1830, año de la venida de Ford, dice Merimée en «*Carmen*» que andaba él por estos pagos, aunque la obra no se publicara hasta quince años después. Stendhal fecharía su fugaz estancia en 1837, y tres años más tarde, Teófilo Gautier, casi al mismo tiempo que otro relevante viajero, Charles Dembowsky, autor de un notabilísimo aguafuerte de la Península durante la guerra civil. Otros tres años, y llega Victor Hugo; tres más, y nos visita Dumas, cuya extensa obra es uno de los clásicos del género. Parece como si

gabachos viajeros de haber montado una leyenda bastante pánfila y difundido una imagen fantástica del país. Incluso insinúa Ford —escribiendo bajo la inquietud que le produce la política internacional de Luis Felipe— que esta imagen no poco alarmante de una sociedad desordenada, infestada de picaros y pródiga en bandidos al gusto de la época, respondía al secreto e inefable designio orleanista de apartar de nuestro país al resto de Europa. Y sin embargo por mucho que hubiera cargado las tintas un historiador como Thiers —que según Ford nos visita antes de que se publique su libro—, o un imaginativo como Dumas, lo cierto es que no hay entre estos viajes franceses y sus propias observaciones una gran diferencia. Para Ford como para los franceses, España es diferente; es, como él repite, «el país de lo imprevisible». Y si es cierto que hay en aquellos textos cierta distancia, cierto tono estirado y alguna afectación «civilizada» frente a la pintoresca realidad española, no será Ford quien tenga derecho a protestar por ello. El, tanto como los otros, levanta acta

de lo que ve. Y lo que ve es un país destruido, arruinado hasta los cimientos por las guerras y el desgobierno, más que por la «desidia», por la picaresca o por los bandidos. Un país, pues, «pintoresco» en el que el viajero no puede menos que terminar descubriendo lo que ha venido buscando: el paraíso romántico, la Edad Media intacta de milagro y a la vuelta de la esquina de «la civilización». Es el momento de la gran leyenda, blanca o negra: cuando Ford llega a Granada se acaba de ir Washington Irving...

Ford es un viajero romántico con mentalidad «ex combatientes». Yo diría, para abreviar, que es un ferviente «wellingtoniano»... Pero conviene situarle algo más, porque ello aclarará en buena medida y pondrá en sus justos límites el mérito literario de su obra.

Para empezar, señalamos que Ford viene a España en 1830 y parece que la abandona en 1833, permaneciendo fundamentalmente en Andalucía (Sevilla y Granada). Luego —como señala Brenan en el prólogo de esta edición— vuelve a Inglaterra y es de suponer que a los mismos círculos con los que mantenía relación antes de emprender el viaje. Pero, ¿qué círculos eran éstos y en qué medida podía favorecer su «hispanofilia» y, en todo caso, su conocimiento de la realidad hispana?

A cualquiera se le ocurre que era aquel un momento excepcional para un inglés «hispanófilo». Desde 1823 a 1834 —y algo más, claro está—, es decir, coincidiendo con la justamente llamada «década ominosa», Londres es ese hervidero de la emigración política española que Vicente Lloréns ha historiado de manera admirable. Es la Inglaterra de los «*Liberales y Románticos*», donde Ford hubo de coincidir, nada menos, que con Espronceda, Blanco White, José Joaquín de Mora, Florán o el mismísimo A. Saavedra, el duque de Rivas, cuyo «*Don Alvaro o la fuerza del sino*» marca precisamente como un hito la cronología del romanticismo español. Es más, consta la amistad estrecha de Ford con el curioso abate don Manuel del Riego, hermano dilecto de nuestro famoso general, con quien trabó familiarísimo trato, como lo prueba la correspondencia de aquél. En esta Inglaterra, la cultura española era algo más que un motivo exótico, gracias al trabajo y a la ilusión de los exiliados políticos.

Hoy conocemos con cierto detalle (Lloréns, Allison Peers, etcétera) los periódicos españoles entonces en circulación y en competencia con la atención a nuestra cultura dedicada por «*The Quarterly Review*» y otros papeles indígenas; conocemos también la considerable circulación alcanzada por los libros españoles (lle-

J. A. Gómez Marín



Richard Ford.

(1) Richard Ford: «Las cosas de España». Prólogo de G. Brenan, Ediciones Turner, 1974.



Ford viene a España en 1830 y parece que la abandona en 1833, habiendo permanecido fundamentalmente en Andalucía (Sevilla y Gramada). Arriba: puerta del Sol de Sevilla; sobre estas líneas: Richard Ford y J. F. Lewis, en una partida de caza. (Dibujo de Lewis.)

garon a tan alto precio que Blanco White los encargaba directamente a su hermano de Cádiz, durante el primer tercio del siglo; sabemos que no eran raras las impresiones en castellano; hubo, en fin, hasta librerías españolas, como la frecuentada por Ford que cita Brenan, en Regent Street, y que no puede ser otra, según mis datos, que la «Librería clásica y española», abierta allí y entonces por don Vicente Salvá. En resumen, pues, que Ford vivió un ambiente londinense que hubo de reportarle una información cumplidísima que añadir a su experiencia viajera, y que explica seguramente su riqueza documental, su familiaridad y hasta su finura interpretativa, que de otro modo, más de una vez, resultarían verdaderamente asombrosas.

Me atrevería a sugerir que de esta fuente le viene quizá al autor el grueso de sus puntos de vista y, en general, el sentido de su interpretación no poco tópica de la realidad española. Lo compro-

baremos al fijarnos en algunas de esas observaciones tópicas. Por ejemplo, en la machacona interpretación arabista de lo español, que por fuerza había de encajar bien en el horizonte emocional de muchos de sus amigos románticos cuasi profesionales. Sería curioso recontar las ocasiones en que Ford «descubre» el origen árabe de tal o cual rasgo hispánico. Así, en sus frecuentes y notables pinitos etimológicos, no siempre ciertos (lo he comprobado acogiéndome a la autoridad de Corominas) como verá el lector cuando tropiece con las etimologías de «parador», «tocino» y alguna que otra, enturbantadas por Ford a despecho de su visible proleja latina o romance.

Sobre las «esencias» españolas —el honor, la hospitalidad o la indolencia—, Ford junta su interpretación a las usuales en la secular tradición «esencialista», tal vez, de nuevo, por consejo de algún exiliado entre volteriano y romántico.

Pero donde la influencia de su ambiente resalta más, y, claro es, mejor engarza con ese espíritu metropolitano, aristocrático y conservador que Brenan le atribuye, es en sus juicios de naturaleza sociopolítica o en sus comentarios directamente políticos. Para empezar, el lector notará pronto cómo le oprime el corsé de su talante británico, manifiesto en una cierta distancia no precisamente brechtiana, sino más bien confundible con el desdén liso y llano propio de la mentalidad colonial. Ford es un inglés tan consciente y pagado como un turista yankee de los de hoy, que proyecta lo que ve —la vida, la cultura, las instituciones, las mores, lo que sea— sobre el «telos» británico. De ahí, verbigracia, su arrogante interpretación del «cambio» que se está produciendo en la España posfernandina y en especial en la España del moderantismo. Piénsese que aunque Ford visita España el año 30, «Las cosas» no aparece hasta el 46, y en ese inter-

valo pasan —en la economía especialmente— muchas cosas importantes en las que él tuvo por fuerza que reparar. No está muy claro, pero parece como si detrás de esta arrogancia se agazapara el despecho exiliado de, por ejemplo, un hermano del general Riego o, simplemente, la inquina —bastante justificada— de un redactor de los «Ocios de un español emigrado». El aristócrata conservador que era Ford debía coincidir en muchas cosas con aquellos emigrados forzados que, por lo demás, como es bien sabido, volverían del exilio curados de espantos y radicalismo.

Lo mismo puede decirse de su terrible francofobia o de su interpretación de la francofobia popular española, reflejo evidente del resquemor de un británico —y de un británico tan devoto de Wellington— frente a los proyectos orleanistas y, muy en especial, frente a la amenaza que supuso en este sentido el casamiento español de Montpensier. Su juicio del moderantismo español y de Martínez de la Rosa, alguna equívoca adhesión a Narváez o a las constitucionales, ofrecen una interpretación de conjunto que resulta difícil de conciliar con el optimismo pro-moderado que más de una vez, sin embargo, manifiesta en las páginas del libro.

«Las cosas de España» es, en todo caso, un libro mucho menos profundo de lo que el lector de esta nota pudiera inferir. Sus materiales proceden del Handbook, o mejor, constituyen el material que, por considerarlo menos editable, había sido eliminado de la obra de conjunto. Son, en resumen, observaciones sobre el carácter, las costumbres —mayores y menores—, los motivos cotidianos y otras bagatelas que, naturalmente, a estas alturas y salidas de una intuición tan eminente como la del autor no resultan tales. Personalmente, recomendaría al lector la amplia panorámica geopolítica que ofrece al comienzo del libro, sus observaciones sobre el carácter de la sociedad —descontado lo que hay en ellas de arabismo contumaz—, las interesantísimas observaciones folklóricas y caracterológicas, las notas culinarias y las excelentes anotaciones sobre enología. En cambio, sus capítulos sobre el bandolerismo, la medicina española o la tauromaquia no resisten, a mi modesto entender, una revisión moderna. Sobre el teatro español y el folklore, no obstante, contiene el libro juicios atinados y alguna vez, según sospecho, no poco deudores de Borrow y tal vez de algún ilustre folklorista exiliado que no quiero correr el riesgo de identificar ahora.

En resumen, un libro hermoso, de gratísima lectura —en lo que no poco se deberá al esmero del traductor, Enrique de Mesa—, lleno de observaciones de sorprendente agudeza y rico como fuente directa para el historiador actual, pero que es preciso leer con cautela y con las prevenciones que, sólo con intención explicativa, quedan expuestas más arriba. ■